

la institutriz del género humano. Henchida de vigor intelectual fué la primera que sacudiendo el sudario de fábulas supersticiosas que formaban su dogma religioso, quiso penetrar en los abismos del infinito, conocer el origen del universo y descifrar la naturaleza de la primera causa, de Dios; y desde Thales que sentía *que todo está llenó de dioses*; desde el poeta Arquilocos, que presintiendo el dogma monoteísta, esclama; *Oh Zeus, padre supremo que reinas desde el alto cielo, pero que tiendes tu mirada sobre los hombres que cometen acciones impuras*; desde Protágoras que rechazando doctrinas materialistas que asignaban al mundo un origen mezquino, hace derivar todo el universo de un *espíritu, del Noos, germen de toda vida*; desde Heráclito, que anticipándose muchos siglos al filósofo y poeta de Patmos, (1) enseñaba como éste que *esta razón, este logos* (verbo) *que existe ab eterno no es comprendido por los hombres aun-*

decía nada. Tal fué, parece, entre los griegos el origen de la filosofía. "Otros, como el eminente juriconsulto y filósofo Jhering, atribuyen al suelo y á la emigración las diferencias de raza y de civilización. "Entre los factores que ejercen una influencia regular sobre la acción histórica de los pueblos, el suelo en que ella se desenvuelve, la residencia, ocupa desde los más remotos tiempos el primer lugar. El único factor inmutable en la vida de los pueblos es la residencia; todos los otros, derecho, moral, usos y religión, están expuestos á cambios; sólo el lugar de residencia permanece el mismo. A esta preponderancia se une la acción ejercida por el medio sobre toda la fisonomía de la vida y aun sobre los destinos de un pueblo. Por paradójica que parezca á primera vista, es cierto que el *suelo es todo el pueblo*. El *suelo*, digo, esto es, no solamente la calidad del país que el pueblo habita, sino todos los elementos de cualquiera clase dados por la naturaleza del lugar donde reside un pueblo. El clima, la constitución geográfica, el género de trabajo, de vida y profesión, la vecindad del mar, la comunicación con otros pueblos etc., etc.

(1) San Juan Evangelista. *In principio erat verbum...*

que es el principio de todo; desde estos precursores de la creencia monoteísta, hasta Platón y Aristóteles que formulan ya categóricamente el dogma de la existencia de un Sér omnipotente y providencial, la serie de poetas y filósofos, verdaderos profetas helénicos semejantes á los profetas bíblicos, sigue elaborando el grandioso edificio de la teología estoica fundada por (1) Zenón (362 á. de J.) y que debía enseñar y enseñó un día antes que todo pueblo, antes que el pueblo hebreo, (2) esta elevada concepción de la Divinidad

(1) Zenon, fundador de la escuela estoica. (*Stoa Portico*.)

(2) El pretendido monoteísmo de Judá, dice Baizac, (op. cit.) no ha tenido por origen la unidad divina, ni en Israel. Cuando Jehová en un texto refundido es calificado de *Ehloim ó Dioses*, es simplemente porque ha resumido ó absorbido en su celosa personalidad, hostil á toda otra personalidad, lo divino de todos los *Elhoims* reunidos. Por lo demás, lo que sucedió un poco más pronto para el pueblo hebreo, gracias al aislamiento de las tribus semíticas, cada una de las cuales formaba un Estado separado en lucha permanente con sus vecinos, gracias por consiguiente á la hostilidad de los dioses *arguigetes* entre sí, se había ya realizado en gran parte con Júpiter mucho tiempo antes del cristianismo. El Zeus de los trágicos griegos, está muy distante del de Homero; y del de la escuela estoica, principalmente el adorable Zeus de Cleano nada tiene de común con el *Diaus* que *se llueve*, que *truena*, que *resplandece*. Después que las Divinidades helénicas (como los *Elhoims* hebreos) han modificado su fisonomía original, convirtiéndose de fenómenos ó energías físicas, en seres de un carácter más moral, se les ve fundirse poco á poco las unas en las otras, borran su individualidad para converger como simples categorías hácia el *Dios supremo* que acaba por abismarlos en sí. Puede decirse que cuando el cristianismo apareció, esas divinidades salían sobrando ante Júpiter ya generalizado, y que por lo mismo eran inútiles, *superstites* (superstición), porque el monoteísmo existía en *las ideas* y el politeísmo era solo una superstición. El misticismo neoplatónico haciendo de la población del Olimpo una gloriosa asamblea de querubines, ángeles y arcángeles, sacó la última

que nos ha conservado Diógenes Laertes y á la que se refiere Cicerón (*De natura Deorum* III-40) cuando dice *Eam stoicorum notionem quæ de providentia deorum ab illis sanctissime et providentissime constituta est.* «El Dios en que ellos, los estóicos, creen, es un Sér «vivo, inmortal, inteligente, espiritual, feliz, en quien «ningún mal puede existir, cuya providencia gobier-

consecuencia de esta evolución. ¿Qué fué, pues, el cristianismo? Nada más que la forma nueva por la que toda revolución nueva se afirma y protesta contra una reacción hácia el pasado. . . Hay sin embargo una diferencia radical entre los procedimientos que han conducido las dos ideas trascendentales de Júpiter y de Jehová. En efecto, Jehová no llega á la altura á que se ha elevado, sino pasando sobre la ruina de cuerpos muertos. El asesinato de los sacerdotes de Baal que Elías inmola á la gloria del Dios celoso de Judá en el monte de Cisson, es la imagen de su triunfo; esos cuatrocientos cincuenta profetas degollados para asegurar la victoria del implacable Jehová, representan á los *Elhoims* para siempre vencidos y que en vano invoca la Reina. Así, la unidad divina no era en Jehová, sino una unidad puramente exterior, sin ninguna cohesión en el fondo; aunque en posesión de una trascendencia espiritual, sobre todo en los últimos profetas del tiempo de los Reyes y después de la cautividad de Babilonia, el Dios de los judíos por grande y desmesurado que lo haya imaginado la fé, no deja por eso de ser una *individualidad pasional* y por consiguiente exclusiva de todo lo que no es *El*, sin que nunca se haya elevado hasta las alturas intelectuales en que se formula la síntesis y reside la verdadera unidad. Del hecho de que los judíos creían en la espiritualidad y unidad en Dios (según observación de Tácito: *judei mente sola unumque numen intelligunt, summum illud et æternum neque mutabile, neque periturum*, (Hist. t. V c. V.) no se sigue que tuviesen la misma idea que los griegos y romanos de su Júpiter elevándose al más alto poder. Cuando Strabon elogia á Moyses por haber despojado á la Divinidad de toda forma sensible, su elogio es justo; pero cuando agrega que en efecto, siendo Dios la *esencia* de las cosas no podía ser representado bajo ninguna de las formas que conoce nuestra vista, entonces no

«na al universo entero, que no tiene figura humana, «que es el artista de todo el universo y como el padre «de todas las cosas, ya se le considere en su conjunto, «ya en la porción de su ciencia que todo lo penetra y «que recibe diversos nombres.» Y el poeta Empedocles decía: «La Divinidad no es otra cosa que un «*espíritu* santo é infinito, que recorre el universo entero con su rápido pensamiento.» Y Sócrates, mu-

hace otra cosa Strabon que atribuir sus propias ideas al legislador hebreo; y nada es más extraño á la naturaleza que el arquigetes sobrenatural del pueblo judío. Strabon se ha engañado por las apariencias exteriores que tienen entre sí el Dios espiritual de este pueblo y el dios intelectual de la escuela estoica á la cual pertenecía el gran geógrafo. Y Josefo, á su turno, diciendo que los más sabios y los más inteligentes de los griegos, Pytágoras, Anaxágoras, Platon y los filósofos del Pórtico, han tenido del *Principio Eterno* la misma opinion que Moyses, revela que ha sufrido una ilusión en sentido inverso. El Dios hebreo no tiene de común con el Dios estoico mas que la fisonomía; en el fondo son dos concepciones absolutamente distintas; la una procede de los sentidos, la otra de la razón pura; la primera manifiesta su omnipotencia hiriendo los nervios, la segunda se revela brillando ante la inteligencia. Jehová responde á un desenvolvimiento *moral* menos avanzado que el Zeus de Cleanto y correspondiente á un estado de espíritu en que no había aun categorías psicológicas determinadas, no estando aun desprendido el *pensamiento* de la *sensibilidad*. «El dios hebreo, agregaré yo sintetizando estas observaciones, es obra del sentimiento; el Dios griego es obra de la razón; el pueblo que no tuvo Pitágoras, ni Sócrates, ni Aristóteles, ni Platon, ni Zenon, ni Epicuros, ni espíritus filosóficos, ni pensadores críticos, ni moralistas, ni verdaderos historiadores, sino solo profetas, adivinos, sacerdotes y místicos, no pudo nunca producir el Dios estoico. Pero el mundo, la universalidad de los hombres no ha sido aun, ni será durante muchos siglos gobernada, dirigida, sojuzgada por la razón, por la ciencia; sino por el sentimiento, por las pasiones, por la fantasía, por promesas y por esperanzas irrealizables.

cho antes que los estoicos, había afirmado la existencia de Dios, que «*ordena y mantiene el conjunto del universo,*» y Cleandro exclamaba que «*Júpiter ó Dios gobierna las cosas según las leyes.*»

105. Hinchida de vigor moral fué la escuela estoica, la primera que sintió la grandeza y dignidad humanas, la que comprendió que el hombre tenía fines y destinos suprasensibles, la que no por un temor egoísta hacía un Jheová terrible, ó por el estímulo de quiméricas esperanzas político-religiosas, sino por un profundo sentimiento de la confraternidad, de la misión moral de la especie humana y de la armonía universal que revela un Sér soberano, ordenador de todo lo que existe, predicó todas las virtudes. (1). Ya en Homero se presienten los gérmenes

(1) Nada más inexacto, dice Julio Girard, que la teoría que hace del griego un niño frívolo, ligero y alegre sobre el cual se deslizan rápidas las impresiones; en oposición al semita y al hombre del Norte, únicos que habrían tenido el sentimiento profundo de las tristezas y de los misterios de la vida. ¿Hay en Grecia una sola leyenda en que el hombre sea libre y feliz? La libertad del griego está en él, en su energía y en su nobleza; no conoce otra felicidad que el goce de esta energía, el aprecio de sus brillantes facultades. Un poder consagrado á reprimir en el hombre toda altivez, que por una falta á deberes religiosos, menos que á deberes morales, le hiere cruelmente en su cuerpo y en su alma; la expiación del crimen por el crimen, la responsabilidad extendida á la familia, á la ciudad y una herencia funesta prolongada durante generaciones; la destrucción de las afecciones naturales y el fatal asesinato entre parientes; la pasión, la esperanza, la razón misma no sirviendo sino para extraviar y engañar; en fin, el mal y el sufrimiento hiriendo á sus víctimas en todo su sér, en medio de catástrofes inauditas; hé aquí el fondo común de casi todas sus leyendas. Así, la queja de la Grecia ha resonado muchas veces en la poesía de otros pueblos. El viejo Hesiodo contaba cómo muchas tristezas escapadas de la caja de Pandora andaban errantes entre

de la moral estoica, de una moral humana y universal, cuando en aquel diálogo imperecedero entre Aquiles, el vencedor de Héctor y el viejo Anquises que besa humildemente la mano del matador de su hijo, para pedirle su cadáver, llega un momento en que el orgulloso héroe y el suplicante viejo confunden sus lágrimas en un común sollozo que traduce el sentimiento de la solidaridad humana.

106. ¿Y en cuál literatura de pueblo antiguo podrá encontrarse una página más sublime en que palpite la abnegación del amor y del sacrificio en aras de los deberes conyugales, que en aquel monólogo inmortal de Eurípides? «*Cuando Alcestes sintió que se aproximaba el fatal momento, arrodillóse ante los altares de Vesta, y exclamó: ¡Oh Diosa mi soberana! Próxima á descender á las sombrías moradas, yo me prosterno por última vez á tus piés. Ocupa tú el lugar de madre para mis hijas; concédele al uno es-*

los hombres, y exclamaba: *la tierra está llena de males, la mar está llena de ellos; noche y día las enfermedades vienen por sí mismas, trayendo otros males en silencio, porque el prudente Júpiter las ha privado de voz.* El coro de Edipo en Colona repite la máxima atribuida al Dios profeta Seleno: *lo mejor es no haber nacido; y cuando se ha nacido lo mejor es volver pronto al lugar de donde se ha venido.* (Muchos siglos después Calderón dirá: *que el mayor crimen del hombre es haber nacido.*—La vida es un sueño). “Esquiles y los trágicos griegos habían encontrado su inspiración en el sentimiento que crecía en Grecia con una gran fuerza en el siglo VI, y del que nació el Pytagonismo, el Orfeismo y los misterios de Eleusys. Era una necesidad de justicia, de pureza, de armonía que modificaba las antiguas creencias á provecho del hombre, que debía ser menos oprimido y de la Divinidad que debía hacerse mejor.” Era, agregaremos nosotros, una cosa semejante ó igual á la rebelión del Job hebreo; pero encarnada en tragedia, en concepciones filosóficas, en negaciones teológicas y no en elegías lacrimosas, como las del personaje bíblico. “No nos apresuramos á afirmar, dice

«*posa que lo ame y á la otra un esposo que sea digno*
 «*de ella, que no mueran algún día como su madre,*
 «*prematuramente, sino que, más felices que yo, acaben*
 «*la medida de sus días en el seno de la tierra natal.*
 «En seguida se acercó á cada uno de los altares que
 «hay en el palacio de Almeta, y exhalando plegarias
 «los coronó de guirnaldas, los perfumó con hojas de
 «myrto, sin llorar, sin gemir, sin que el pensamiento
 «de su desgracia alterase en nada el dulce brillo de
 «su semblante. Pero cuando hubo entrado en su re-
 «cámara y se arrojó sobre su lecho, entonces acudie-
 «ron á sus ojos torrentes de lágrimas, y exclamó en-
 «tre sofocantes sollozos: ¡Oh, tú, lecho de amor, don-
 «de fué desnudada mi cintura virginal por el hombre
 «por quien yo muero; lecho nupcial ¡adios! No puedo
 «odiarte, aunque has sido mi perdición; por no trai-
 «cionarte, es por lo que yo muero. Tal vez le pose-

Ernesto Havet, que los griegos eran muy niños y muy ligeros y que no estaban maduros para esas tristezas y ese sentimiento desconsolador del vacío y de la nada de la existencia que los modernos expresan tan espontáneamente, sin que esto les impida vivir y obrar. Lo que se dice de la elocuencia lúgubre de Hégesias, revela lo contrario y se pueden citar en Platón palabras llenas de amargura y de turbación. El epigrama de Leonides de Tarento es muy significativo á este propósito. "Era infinito ¡oh hombres! el tiempo antes de que tú vinieses á la ribera de la existencia; infinito será también el tiempo después que hayas desaparecido en el Erebo. ¿Qué porción de la existencia se te ha dejado, si no es un punto ó algo menos que un punto? Y esta existencia que tienes está como destrozada; nada tiene en sí de agradable, pues es más triste que la odiosa muerte. Róbate, pues, á una vida llena de tempestades y gana el puerto, como yo mismo Phidon, hijo de Cristos, que ha huido de Tenara." Es cierto, sin embargo, como observa Fouilleé, que esa obsesión de la muerte que existe en el cristianismo, no la tenían ni los griegos, ni los mismos hebreos (Vease "Revista de Ambos Mundos" de 1.º de Mayo de 1898).

«erá otra mujer y será más feliz; pero nunca más
 «casta. Y ella se abrazaba del lecho y lo regaba con
 «torrentes de lágrimas que brotaban de sus ojos. En
 «fin, cuando pudo contenerlas, abandonó la recámara
 «nupcial; pero muy pronto volvió hacia ella y cien
 «veces se precipitó en ella. Entre tanto, sus hijos se
 «afianzaban de sus vestidos, llorando, y ella los rete-
 «nía en sus brazos, los besaba alternativamente con
 «ese beso que da el que pronto va á morir. Todos los
 «esclavos vagaban aquí y allá, gimiendo por el des-
 «tino de su señora, y ella tendía sus manos á todos,
 «y por muy humilde que fuera la condición de los
 «que la rodeaban, á todos daba sus tiernos y cariño-
 «sos adioses.»

107. El pueblo, que ha podido escribir esta página de noble castidad y sacrificio; él, que así ha podido interpretar la pureza y la intensidad de las afecciones; (1) él, que ha sabido comprender así las tragedias del alma humana en sus luchas por el bien moral; él, que ha encontrado tantas energías en la naturaleza para debatirse noblemente con el dolor; el pueblo, que ha adivinado el destino moral de la vida humana; ese pueblo, que por la voz del mismo Eurípides predicaba los deberes filiales exclamando: *¡desgraciado el hijo que no se convierta en el doméstico y sirviente de sus padres; el que honra á sus padres es amado de los dioses, así en la vida como en la muerte;* (2) el pueblo cuya literatura se nutre de pensamientos como estos: «nacidos de la tierra los hombres, son iguales, y sólo la ley distingue un bueno y un mal origen; la

(1) Comparad esta noble pintura del afecto conyugal con el tinte sensual del *Cantor de los Cantares*, reflejo de las pasiones orientales y aun con el idilio sensual de Ruth.

(2) El pueblo hebreo sólo ofrece recompensas temporales.

«verdadera nobleza es la del alma; la fortuna viene de la Divinidad: sólo el malvado es mal nacido, aunque proceda de Júpiter; un esclavo vale lo que un hombre libre, si es hombre de bien; el esclavo puede ser libre por el corazón; nosotros, hombres libres, no existimos y vivimos sino por los esclavos; ese pueblo, que aplaudía frenéticamente al mismo trágico inmortal cuando predicaba estas lecciones de fraternidad: *«estimo en mucho tener un corazón dulce que concede su turno al rico como al pobre y se muestra igualmente dulce y religioso para todos. ¿Es acaso humillante tomar parte en los males comunes de la humanidad? El hombre justo es el que vive para su prójimo y para sí.»* «Yo sé bien, dice Medea, *el mal que voy á hacer, pero mi pasión es más fuerte que mi voluntad.»* (1) «Recibid, dice Ulyses en el Cíclope, *á los mendigos y suplicantes arrojados por el mar, tratándolos como huéspedes y dándoles vestidos y alimentos. Hay hombres que traen á los Dioses en sus manos ofrendas humildes, y son más piadosos que los que inmolan bueyes en sacrificios.»* (2)

108. Ese pueblo que presiente la caridad evangélica en aquel arranque de humanidad del cantor de la Odysea: *los peregrinos y los pobres son enviados por Júpiter,* (3) *ese desgraciado que rechazas, oculta quizá á un Dios;* y luego esta enérgica expresión de fraternidad y piedad: *la tierra no nutre nada tan débil co-*

(1) Ovidio reproduce este pensamiento en su *Medea: Video melliora, proboque, deteriora sequor;* y también San Pablo (Epístola de los Romanos, cap. 8.º vers. 19).

(2) ¿No se recuerdan involuntariamente las palabras de Cristo: *os digo que esta pobre viuda dando su pequeña moneda de cobre, da dado más que los ricos con su tesoro?*

(3) *Tuve hambre y me disteis de comer,* dice el Evangelio.

mo el hombre; cuando los inmortales derraman sobre él las desgracias, es preciso que las sufra con resignación y que cuando goce de la fortuna se abstenga de ser injusto; y este sentimiento de hidalguía medioeval que ennoblece y dignifica á la mujer en aquel grito de Héctor ante los peligros que amenazan á su esposa Andromaca: *seré sepultado bajo tierra antes que esa mujer tenga que derramar una lágrima por el ultraje;* y luego este profundo sentimiento de humanidad que comprende la iniquidad de la esclavitud: *los Dioses han quitado al hombre la mitad de su virtud el día en que han permitido que sea víctima de la esclavitud;* y aquella protesta de la conciencia contra la iniquidad de las leyes humanas en Antígona: «no he creído que un decreto pueda tener tal fuerza, que haga prevalecer la voluntad de un hombre sobre la voluntad de los Dioses inmortales, sobre leyes que *no están escritas* y que no podrán ser borradas.» Y por último, aquella ironía de Hypócrates que deja traslucir su incredulidad en el milagro y su conciencia profunda de las leyes naturales: «En cuanto á mí, creo que estas enfermedades son divinas, pero que ninguna enfermedad es más divina ni más humana que otra; todas son semejantes, todas igualmente divinas, pero todas tienen un principio *natural* y ninguna existe sin causa *natural.*»

109. Ese pueblo que así comprende, que así siente, que así canta en estrofas inmortales la santidad del matrimonio, la castidad y nobleza de la mujer, la piedad para los desheredados, la fraternidad humana, la igualdad ante la desgracia de todos los hombres, la moralidad, y ¿por qué no decirlo? la supernaturalidad de los destinos del género humano, y así presiente la inflexibilidad del orden natural; ese